**ESCUELA NORMAL DE EDUCACIÓN PREESCOLAR**

**Licenciatura en Educación preescolar**

**Ciclo escolar 2023 – 2024**

**​** Acercamiento a las

Prácticas educativas y comunitarias

**Nombre de la alumna:**

**Andrea Alejandra Guardado Mejía**

**Número de lista: 14 Grupo: 1A**

**Nombre del trabajo: Evidencia Integradora**

**Nombre del docente: Rosa Velia del Rio Tijerina**

**Fecha: 23/01/2024**

**Narrativa**

Como estudiante de educación preescolar, tuve la maravillosa oportunidad de realizar una observación en un jardín de niños. Fue una experiencia que dejó una huella profunda en mi corazón y despertó en mí un cúmulo de emociones difíciles de describir. Desde el momento en que crucé las puertas de aquel colorido y acogedor lugar, supe que estaba a punto de embarcarme en un viaje lleno de aprendizaje y conexión humana.

A medida que caminaba por el jardín, podía sentir la energía vibrante y llena de vida que emanaba de cada aula. Los murmullos de los niños, las risas contagiosas y los sonidos de juegos y canciones llenaban el aire, creando una sinfonía de alegría y curiosidad. Era como si el jardín de niños fuera un mundo propio, donde la imaginación y la creatividad florecían sin límites. A medida que me adentraba en las aulas, me encontraba con rostros llenos de inocencia y asombro. Los ojos brillantes de los niños reflejaban la emoción de descubrir algo nuevo cada día. Sus sonrisas, tan genuinas y sinceras, iluminaban mi camino y me recordaban la importancia de abrazar la sencillez y la pureza de la infancia.

Cada día, mientras observaba a los niños interactuar entre sí y con sus maestros, me sumergía en un océano de emociones. La ternura y el amor que se manifestaban en cada abrazo, en cada gesto de apoyo y en cada palabra de aliento, me recordaban la importancia de cultivar relaciones significativas y genuinas. Era como si el jardín de niños fuera un refugio de amor y comprensión, donde los corazones se abrían sin temor ni prejuicios. Pero también hubo momentos en los que mis ojos se llenaron de lágrimas, como el último día que fui a observarlos. Lágrimas de emoción al presenciar los logros de los niños, por pequeños que fueran. Lágrimas de admiración al ver su valentía al enfrentar nuevos desafíos. Y lágrimas de nostalgia al darme cuenta de lo rápido que el tiempo pasa.

Durante mi experiencia en el jardín de niños, también me enfrenté a una problemática que desafió mi capacidad de adaptación y comprensión. Había un niño en el grupo del cual no se tenía un diagnóstico claro, pero se sospechaba que podía tener autismo o TDAH. Su comportamiento era diferente al de los demás niños, presentando dificultades para mantener la atención, seguir instrucciones y socializar de manera adecuada. Esta situación generó un desafío tanto para el niño como para los maestros y para mí como observador. Con el tiempo, pudimos ver una notable mejoría en el niño. A medida que se sentía más comprendido y apoyado, su comportamiento comenzó a cambiar positivamente. Poco a poco, logró establecer relaciones más significativas con sus compañeros y mostró avances en su capacidad de atención y seguimiento de instrucciones.

Esta experiencia me enseñó la importancia de la inclusión y de adaptar las prácticas educativas para satisfacer las necesidades individuales de cada niño. También me mostró la importancia de trabajar en equipo, involucrando a los padres y a profesionales especializados, para encontrar soluciones y brindar el apoyo adecuado.

Aunque la problemática inicialmente parecía abrumadora, la solución se encontró a través del compromiso y la colaboración de todos los involucrados. Fue gratificante ver cómo el niño pudo desarrollarse y crecer en un entorno que le brindaba las herramientas y el apoyo necesarios para alcanzar su máximo potencial.

Esta experiencia me dejó una lección valiosa: cada niño es único y merece recibir el apoyo y la atención que necesita para prosperar. Como educadores, es nuestro deber adaptarnos y encontrar soluciones para garantizar que todos los niños tengan la oportunidad de crecer y aprender en un entorno inclusivo y enriquecedor.

Aquella experiencia en el jardín de niños me enseñó que la educación va más allá de la transmisión de conocimientos. Es un acto de amor, de entrega y de conexión humana. Aprendí que los niños son seres llenos de potencial y que nuestra labor como educadores es nutrir sus sueños, fomentar su curiosidad y brindarles un espacio seguro donde puedan crecer y florecer.

Aunque mi tiempo en aquel jardín de niños fue breve, el impacto que dejó en mí es eterno. Cada vez que cierro los ojos, puedo revivir aquellos momentos llenos de magia y aprendizaje. Y sé que, sin importar cuántos años pasen, siempre llevaré en mi corazón el recuerdo de aquellos niños valientes y llenos de luz, quienes me enseñaron el verdadero significado de la educación y me recordaron la importancia de abrazar la niñez en cada etapa de la vida.

En conclusión, mi experiencia yendo a observación en un jardín de niños fue mucho más que una simple tarea académica. Fue un viaje emocional que despertó en mí una profunda conexión con la infancia y una renovada pasión por la educación. A través de los ojos de aquellos niños, pude apreciar la belleza de la inocencia, la alegría de descubrir y la importancia de cultivar relaciones auténticas.

Aprendí que la educación no se trata solo de transmitir conocimientos, sino de nutrir el corazón y el espíritu de cada niño. Es un acto de amor y entrega, donde los educadores tienen la oportunidad de guiar, inspirar y empoderar a los pequeños seres que están construyendo su camino en este mundo.

La experiencia en el jardín de niños me recordó la importancia de abrazar la sencillez y la pureza de la infancia, de valorar cada logro, por pequeño que sea, y de apreciar el tiempo que pasa volando. Me enseñó a ser testigo de la magia que se encuentra en los momentos cotidianos y a cultivar relaciones basadas en el amor, la comprensión y el respeto.

Agradezco profundamente la oportunidad de haber sido parte de aquel jardín de niños y de haber compartido momentos inolvidables con aquellos niños valientes y llenos de luz. Su impacto en mi vida es eterno y me ha inspirado a seguir dedicándome a la educación con pasión y compromiso. En cada paso que doy como educadora, llevo conmigo el recuerdo de aquellos rostros llenos de inocencia y asombro, las risas contagiosas y las palabras sinceras. Me impulsa a seguir buscando formas creativas de enseñar, a nutrir la curiosidad y el amor por el aprendizaje, y a recordar siempre que cada niño es único y merece ser valorado y respetado en su individualidad.

La experiencia en el jardín de niños me ha dejado una profunda huella sentimental y un recordatorio constante de la importancia de la educación en la vida de los niños. Me ha enseñado que, a través del amor y la dedicación, podemos marcar la diferencia en la vida de los más pequeños y contribuir a la construcción de un futuro lleno de esperanza y posibilidades.

En resumen, mi experiencia en el jardín de niños fue un viaje emocional que me recordó la importancia de abrazar la infancia, cultivar relaciones auténticas y nutrir el corazón y el espíritu de cada niño. Me siento agradecida por haber tenido la oportunidad de ser parte de ese mundo mágico y por el impacto duradero que ha dejado en mí como educadora.